

CÓMO VIVE UN POLÍTICO CRISTIANO SU COMPROMISO EN UN AMBIENTE BELIGERANTE

BARCELONA

24-10-23

AGRADECIMIENTOS

Eguerdi on/ Bones migdies

En primer lugar, quiero agradecer muy sinceramente la invitación del grupo Sant Jordi y del Diario El Punt Avui a participar en la Tribuna Joan Carrera.

Y particularmente a Marcel Joan Alsinella sobre el que ha recaído el peso fundamental de la coordinación y organización del acto. Doy fe que Marcel pertenece a la corriente "insistencialista" lo cuál es una garantía para el dinamismo y la pujanza de este colectivo. Así mismo, quiero agradeceros vuestra asistencia y generosidad por dedicar este momento de la comida, normalmente reservado a la familia, a compartir conmigo este encuentro. Es un honor para mí contar con el acompañamiento, en la presentación de este coloquio y de quien les habla, de Gabriela Serra, una militante y activista de largo recorrido, que ha mantenido, en todo momento, la coherencia entre su fe cristiana y su compromiso político anticapitalista y feminista, defendiendo siempre los derechos humanos, los derechos sociales y los derechos nacionales.

Quiero felicitar a los grupos organizadores, y a los casi 20 colectivos que dais apoyo a esta Tribuna que cuenta con una larga trayectoria y actividad.

Una iniciativa inspirada en un auténtico referente eclesial y social, como fue el Obispo Joan Carrera i Planas. Algo que cobra más actualidad si cabe, en un momento en que el episcopado español sigue con el freno de mano echado, cuando no remando a la contra, respecto al impulso de renovación de la Iglesia, liderado por el Papa Francisco.

Se echan en falta Obispos valientes, encarnados en la realidad y con voz profética, de la talla de Joan Carrera i Planas. Siempre estuvo del lado de los más desfavorecidos, especialmente los inmigrantes, trabajando por los derechos humanos y las libertades cívicas, y comprometido con la lengua y la cultura catalana. Y ello lo digo a pesar de que sus opciones y militancias políticas, antes de ser elegido Obispo, no coincidan con las mías. Reconozco que me parece muy atractivo y original el formato de comida-coloquio de este evento. Espero que mis palabras no os impidan disfrutar de la comida.

INTRODUCCIÓN

Antes de nada, quiero aclarar tres cosas.

Por una parte, quiero señalar que en este momento no tengo un compromiso político de lo que se conoce como de "primera línea", es decir, de carácter institucional, partidario y mediático. Cuando finalicé mi liberación y dedicación exclusiva a la política, tras el paso por el Parlamento y Gobierno Vasco, me reincorporé a mi trabajo como profesor en un Instituto Público de Bachillerato y Secundaria. En la actualidad estoy jubilado. En estos últimos años mi militancia política se ha centrado más en el campo de la lucha ideológica y cultural, en favorecer el pensamiento crítico en la sociedad mediante la organización de actos, mesas redondas, publicación de artículos de opinión...

Por otra parte, quiero dejar claro que no pretendo “sentar cátedra” sobre el título de esta comida-coloquio. Me voy a limitar a trasladar mi experiencia y mi vivencia personal a lo largo de mi trayectoria política.

Por último, debo decir que mi compromiso político se ha concretado en todo momento en mediaciones consideradas de izquierda. Por eso cuando me refiera a mi experiencia lo tengo que hacer necesariamente desde esta “mirada”. No quisiera que nadie se sintiera incómodo por ello.

MI EXPERIENCIA Y VIVENCIA

1) Mi experiencia como militante cristiano en el ámbito eclesial y en el político.

En primer lugar quiero expresar cuál ha sido, y es, la vivencia como militante cristiano, en el campo de la izquierda, de mi fe en Dios y, más concretamente, del seguimiento de Jesús, tanto hacia dentro de la Iglesia, como hacia fuera, en un medio no solo aconfesional, sino, a veces, beligerante y antiteísta.

A lo largo de los años, como militante obrero cristiano he vivido y experimentado las profundas barreras de incomunicación y de desconfianza que han existido históricamente entre amplios sectores de la izquierda y de la Iglesia. Barreras que considero imprescindible romper.

Aportaré dos hechos ilustrativos que explican esta vivencia. El primero se refiere al ámbito eclesial; en el año 1987 cuando comuniqué al Obispo, de los considerados “abiertos” en el episcopado español, debido a la encomienda pastoral que tenía, mi afiliación a CCOO, al PCE-EPK y a IU puso cara de asombro diciéndome que era algo “extraño” y me “sugirió” que renunciara a la encomienda que, en materia de juventud, tenía en mi parroquia de Rekalde.

Esa actitud de desconfianza se ha mantenido a lo largo del tiempo. No he sido “santo de devoción” para el “aparato” de la Iglesia; cosa que, he de decir, no me ha importado lo más mínimo. De hecho, a pesar de mi larga trayectoria en el compromiso político, nunca se ha contado con mi testimonio, cómo estáis haciendo vosotros, cuando ha habido que presentar experiencias de cristianos presentes en la vida pública. Se cumple eso de que nadie es profeta en su tierra.

Entendí, y entiendo, que el compromiso en el campo de la izquierda anticapitalista es el más coherente a la luz de los criterios de actuación política derivados del Evangelio. Pero es evidente que, hoy, en nuestra iglesia, son otras las opciones y mediaciones que se consideran “normales”, plenamente aceptadas y asumidas por la institución.

El segundo hecho se refiere al ámbito político; tiene que ver con la presentación del libro, hace tres años, junto al investigador y catedrático de física Manuel Tello, en la sede de Ezkerra-Berdeak, escrito por el magnífico teólogo, y buen amigo, que ha participado recientemente en esta Tribuna, Jesús Martínez Gordo “Ateos y Creyentes, Que decimos cuando decimos Dios”.

Cuando hablábamos dónde hacer la presentación de su publicación le comenté: ¿ y por qué no en la sede de EB? Por qué no presentar un libro sobre Dios, a partir de las evidencias científico-positivas, en una organización laica y aconfesional ?

Reconozco que algunos miembros del equipo directivo de EB mostraron cierta incomodidad, cuando propuse ofrecer el salón de actos para la presentación de este libro.

A priori, pudiera parecer más apropiado presentar los temas religiosos en ámbitos eclesiales.

Sin embargo, esta es, a mi juicio, una visión simple y reduccionista.

Y es que en esta posición coinciden aquellos sectores cristianos, que en clave intimista y evasiva, con aquellos otros, que desde posiciones laicistas, en clave excluyente y beligerante, niegan la dimensión social y política de la fe. Motivo por el cual consideran, que el interior de las Iglesias es el lugar “natural” para el abordaje de los temas referidos a las cuestiones “espirituales”.

Por el contrario, todo lo humano le debe concernir a la Izquierda. La pregunta por la trascendencia se la debe de hacer toda persona, de una u otra manera. Es una cuestión antropológica. Desde siempre el ser humano se ha interrogado por el más allá, por el origen de la creación, por el sentido de la vida, de la historia, de la muerte...

Por lo tanto este es un asunto que debe estar en el centro de la “res pública”.

Por cierto, es de destacar la gran asistencia de público al acto de presentación del libro.

Más de doscientas personas. De procedencia muy plural. En un ambiente de gran respeto y tolerancia. Lo cual puso de manifiesto que la sociedad, más allá de prejuicios y sectarismos, asiste con normalidad, y con gran interés, al debate sobre la existencia de Dios.

Muchas veces desde la modernidad se dice que los creyentes son “piadosos”, abnegados y comprometidos con las buenas causas, pero incapaces de dar razón de su Fe, motivo por el cual, muchos la consideran irracional y subjetiva.

Por eso, me parecen muy positivos, e imprescindibles, actos como el celebrado con motivo de la presentación del libro al que me he referido. Es necesario que todos (ateos, deístas y teístas) den razón de su “fe” en “espacios públicos” desde el contraste y la confrontación (pacífica y serena) de ideas.

En la misma línea, tengo que señalar que en el seno de mi organización política, ha habido sectores que, por el hecho de confesarme abiertamente cristiano, me han mirado con sospecha y recelo. Incluso llegaron a decir, y a escribir, que era un infiltrado del obispado. Aunque he de decir en honor a la verdad, que otros muchos compañeros/as, me acogieron desde el principio con absoluta normalidad.

En mi recorrido vital y militante, he tenido siempre un sentimiento de “apátrida”, de “bicho raro”, como si no “encajara” plenamente ni en la Iglesia ni en mi organización política. He entendido que es el precio a pagar por intentar vivir una conciencia unitaria, no dual o escindida. Por integrar de forma armónica, la identidad cristiana y el compromiso político. Es lo que Alfonso Carlos Comín recogió en su libro: “Cristianos en el Partido, Comunistas en la Iglesia”.

Me parece que la izquierda “se lo tiene que hacer mirar”. Es verdad que en nombre de las religiones se han cometido barbaridades (inquisición, cruzadas...), de las que nos avergonzamos los cristianos católicos. Pero lo mismo puede decirse del comunismo (purgas estalinistas, genocidio camboyano liderado por pol pot...). Sin embargo ello no obsta para que algunos hayamos militado, con orgullo, en el PCE, y reconozcamos las aportaciones fundamentales del comunismo, en España sin ir más lejos, en la lucha antifranquista, por la democracia, las libertades y la justicia social.

El Cristianismo ha tenido, y tiene, un enorme potencial liberador y humanizador, al que la izquierda no puede ser ajena. Está en la base de las principales transformaciones sociales, movimientos de solidaridad y avances en materia de derechos humanos, a lo largo y ancho del mundo. Por lo tanto, resulta un error de bulto dejar que la derecha se apropie del “relato” religioso, cuando esta ideología y cosmovisión, es la más alejada de los valores del evangelio.

Una derecha que mutila el Evangelio al negar la dimensión política de la fe cristiana. Como dijo Helder Cámara: "Si el Papa abraza a un pobre le llaman santo, pero si se pregunta por qué lo es le llaman comunista".

La izquierda tiene que tener cuidado con "tirar al niño con el agua de la bañera". No se puede confundir la crítica, legítima y necesaria, a una buena parte de la jerarquía de la Iglesia, por su inmovilismo, y en muchos casos, connivencia con el poder, con la falta de "empatía" con una propuesta, el cristianismo, que debe ser aliado y "compañero de viaje" de la política, en la lucha por un mundo mejor y más justo.

2) Interpelaciones recibidas desde los ámbitos sociales y políticos

Hay dos cuestiones que han alejado a muchas personas de la identidad Jesu-Cristiana: el problema del mal en el mundo y un modelo de iglesia esclerotizado

A) Dios no quiere el mal ni nuestro dolor

Una interpelación recurrente que me plantean muchas personas, de ese entorno ateo y agnóstico que me rodea, se refiere a la existencia del mal en el mundo. ¿Por qué si Dios es bueno permite el sufrimiento y la muerte de personas inocentes? ¿Si Dios lo puede todo porque permite tanto dolor injusto en el mundo? Reconozco que es una cuestión que no tiene fácil respuesta. Nos envuelve el Misterio.

Me parece muy sugerente la idea de un Dios que convive "pacíficamente" con la libertad humana, porque es así como Él mismo concibió al ser humano desde el inicio de los tiempos. Incluso para tomar decisiones que le alejen del proyecto de humanidad que Dios anuncia a través de Jesús.

El dolor no es un castigo de Dios. Hay que asumirlo como un dato de la realidad, pero en la medida de lo posible, hay que tratar de evitarlo, en nosotros y en los demás, porque Dios no quiere nuestro dolor. Dios quiere nuestra alegría y nuestro bienestar.

Nos encontramos, por tanto, ante el misterio de un Padre y Madre que prefiere crearnos, a no crearnos. Es verdad que nos ha creado finitos, y capaces de ser inhumanos con nuestros semejantes. Pero también capaces de lo mejor: de amar y hacer el bien, de ser felices, de reír, disfrutar y gozar de tantos placeres que nos ofrece la vida. Dios nos crea porque entiende que la vida merece la pena ser vivida y disfrutada.

Sabiendo esto, Dios, por amor, no nos deja "tirados", se abaja, y haciéndose uno de nosotros, asume nuestra finitud, y nos acompaña en todo momento, en nuestro peregrinar por este mundo, mostrándonos el camino de la felicidad y de la vida en plenitud.

Lo recoge muy bien el teólogo gallego, Andrés Torres Queiruga: "Dios, porque es capaz de crearnos desde la nada, tiene también poder para no dejarnos recaer en ella, rescatándonos de la muerte, convertida así en el "último enemigo" en ser vencido. Mientras tanto, acompaña en el camino; el mal no es castigo, sino el peaje inevitable del crecimiento en toda existencia finita... No hay que atribuir el mal a Dios, que por definición, es el Antimal, sino a la finitud humana... La resurrección de Cristo es la victoria del amor sobre la raíz del mal, una victoria que no "pasa por encima" del sufrimiento y la muerte, sino que los traspasa, abriendo un camino en el abismo, transformando el mal en bien, signo distintivo del poder de Dios".

Dios no quiere nuestro dolor, ni quiso el dolor de Jesús. El dolor hay que evitarlo y suprimirlo, si se puede. Pero hay dolores inevitables, bien por la misma naturaleza humana que es débil y finita, bien porque tenemos que afrontarlo, al defender los derechos humanos, al promover el reino de Dios. Pero lo que salva no es el dolor con el que nos encontramos, sino el bien que podemos hacer. El dolor, en sí mismo, no tiene ningún valor salvador.

En este punto, me parece fundamental subrayar, la confianza depositada por Jesús en esos terribles momentos : “ Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”. Es la confianza depositada en un Dios que es Amor, al que no le resulta indiferente el sufrimiento de sus hijos/as.

Les suelo comentar, a mis compañeros y amigos ateos, que la fe en el Dios jesu-cristiano y uni-trinitario no elimina los problemas que son comunes a deístas, teístas y ateos.

En cualquier caso, más allá de las insuficiencias de las explicaciones deístas o teístas, me parecen mucho más consistentes desde el punto de vista racional que las explicaciones ateas, que más allá de negar a Dios, se limitan a proponer el silencio como explicación al problema del mal y de la muerte de los inocentes.

B)La urgente reforma de la Iglesia

Otra de las interpelaciones tiene que ver con la Iglesia. Muchas veces este diálogo con el ateísmo queda “contaminado” por la visión que en esta sociedad secularizada se tiene de la iglesia. Este es uno de los principales cuestionamientos que se me han hecho, en los diferentes ámbitos sociales, políticos e institucionales en los que me he movido, y me muevo. Se me ha preguntado, de manera explícita o implícita, por qué sigo perteneciendo a esta iglesia que lleva camino de ser más un residuo que un resto significativo para el mundo de hoy. Reconozco que es difícil anunciar que la iglesia lleva un tesoro en vasijas de barro. O que es santa y pecadora a la vez.

Verdaderamente, el actual modelo de iglesia patriarcal y clerical, es un obstáculo muy grande para poder presentar a Jesucristo como camino de liberación y como oferta de sentido al mundo contemporáneo.

Este modelo de Iglesia no conecta, al menos en Occidente, con una ciudadanía que valora, cada vez más, la participación en la toma de decisiones o la igualdad entre hombres y mujeres.

Como bien señala, González Faus: “ la Iglesia no podrá hacer más evangélicas sus conductas hacia fuera si no convierte sus estructuras hacia dentro “.

Es muy anacrónica a la luz del pensamiento moderno, una institución en la que el pueblo de Dios no participa en la elección de los Obispos; en la que las mujeres tienen vetado el acceso al sacerdocio y son tratadas como ciudadanas de segunda; en la que no hay separación de poderes, en la medida que, el poder está concentrado en una minoría (ministerio ordenado); en la que la mayoría laical sigue teniendo un papel subalterno y secundario.

Una iglesia del poder donde sólo los hombres mandan, una iglesia separada entre los de “arriba” y los de “abajo”, no puede ser la iglesia de Jesús, en la que nos tratamos como hermanas y hermanos.

Desde mi punto de vista la minoría preconiliar que “perdió” el Concilio Vaticano II ha acabado imponiendo sus posiciones por la vía de los hechos, apoyada por los sucesivos papados de Juan Pablo II y Benedicto XVI. El Código de Derecho Canónico es la

culminación de tal proceso involucionista. Hay una distancia "sideral" entre el Concilio Vaticano II y el Código de Derecho Canónico.

Se empiezan a alzar voces pidiendo un nuevo Concilio (Concilio Vaticano III) como único espacio posible en el que abordar las necesarias reformas estructurales que necesita nuestra Iglesia.

La iniciativa "pro Concilio-Concilio desde abajo" puesta en marcha en la diócesis de Rottenburg-Stuttgart, señala que "la Iglesia sólo puede cumplir eficazmente su misión de transmitir el mensaje gozoso del Evangelio si es creíble. Las estructuras de poder monárquicas, el clericalismo masculino, el celibato obligatorio, una moral sexual rígida y numerosas fijaciones dogmáticas no son parte del mensaje bíblico de salvación, sino las reliquias del 'congelador' de la historia de la iglesia que bloquean el camino de innumerables personas hacia el evangelio.

No es posible que la Iglesia tenga éxito a la hora de sostener la "antorcha de la esperanza" mientras se distinga de la sociedad como una pequeña minoría con estructuras de liderazgo antidemocráticas, con una doctrina incomprensible y con una liturgia con un lenguaje incomprensible. Solo puede funcionar en una iglesia que formula un mensaje de manera atractiva para la gente de hoy y que es escuchada porque vive lo que proclama".

En definitiva, estamos ante una Iglesia muy alejada de las características que debe tener la comunidad de los seguidores de Jesucristo.

Este modelo sintoniza, fundamentalmente, hoy, con el pensamiento conservador y de derechas. No es casualidad que los grupos que están creciendo y desarrollándose con más fuerza, en muchos casos, con el impulso decidido de la jerarquía, son los de corte espiritualista y tradicionalista. Grupos que no vinculan la Fe con la Justicia y con el compromiso con los empobrecidos; que no cuestionan un modelo de Iglesia que tiene sus bases en el concilio de Trento; que aceptan acríticamente este sistema económico capitalista generador de pobreza y desigualdad.

Reconozco que vivo con mucha desazón la apropiación que hace del cristianismo, la derecha política y los grupos eclesiales de pensamiento conservador.

Hacen una defensa cerrada del no nacido, cosa que comparto, pero se olvidan del nacido, de las personas que peor lo pasan.

No todas las opciones son asumibles y coherentes con el Evangelio, por mucho que estas personas se santigüen y vayan mucho a misa, y aunque cuenten con el apoyo entusiasta de una parte de la jerarquía de la Iglesia.

Me refiero a opciones políticas o sociales: que niegan la violencia machista, que criminalizan la inmigración y a los inmigrantes permitiendo su muerte y explotación; que niegan el cambio climático; que defienden la propiedad privada con carácter absoluto e incondicionado aunque sea al precio de impedir el acceso a las necesidades básicas (pan, techo y trabajo) de amplias capas de la sociedad; que defienden un sistema de producción y consumo capitalista de carácter productivista, generador de pobreza y desigualdad, depredador del medio ambiente y que pone la obtención de beneficios sin límites, por encima de las necesidades de las personas.

Me resulta difícil vivir en comunión de fe, y compartir espacios comunitarios con estas personas. Además, resulta sorprendente y desconcertante, comprobar el apoyo y complicidad con que cuentan, de una buena parte de la jerarquía de la conferencia episcopal española. A pesar de este malestar me suelo decir a mí mismo que antes se irán ellos/as que yo.

No es de extrañar el alejamiento, de la Iglesia, y lo que es peor, de la adhesión a la identidad cristiana y al seguimiento de Jesús, salvo excepciones, del movimiento obrero, de los intelectuales y científicos, de los jóvenes y del movimiento estudiantil.

La fe y la defensa del capitalismo son conceptos incompatibles. La izquierda y el cristianismo, sin confundirse, comparten en la praxis, un proyecto emancipador, representan valores comunes de igualdad y justicia; mientras que la derecha y el pensamiento conservador se sustenta en la defensa del beneficio propio ilimitado y en el egoísmo de clase.

En este contexto, se entiende, por ejemplo, el trabajo compartido entre militantes marxistas y cristianos de base en los años de la dictadura en España.

De hecho, muchas veces, me he encontrado más identificado, con el testimonio y militancia, de muchas personas, que considerándose ateas o agnósticas, representaban, en la práctica, mejor los valores del evangelio de Jesús, que muchas otras, que considerándose muy cristianas y devotas, eran ajenas a los sufrimientos y padecimientos, de tantos hombres y mujeres a lo largo y ancho del mundo. Compañeros/as y camaradas, capaces de entregarse en cuerpo y alma, a la causa de la lucha contra la pobreza, por las libertades democráticas y la justicia social. Incluso pagando un alto precio por ello (represión, despido, cárcel, exilio, tortura...).

Mi experiencia personal avanza en esta dirección. A lo largo de toda mi trayectoria vital, la coincidencia y la convivencia entre personas de izquierda, y hombres y mujeres cristianas, han sido una constante: en el movimiento estudiantil, en la objeción de conciencia, en las primeras asociaciones de barrio, en el activismo pacifista, en la lucha obrera, en la militancia político/partidaria, en el mundo de las ONG....

Quienes nos sentimos y nos reconocemos como cristianos/as, debemos mantener una presencia activa, en las acciones y proyectos transformadores, que hacen bandera de la utopía, y asumen los principios y valores que mejor conectan, con el pensamiento y la propuesta de vida de Jesús.

Como regalo del Espíritu, la figura del Papa Francisco ha emergido en la última década, como signo de esperanza y bocanada de aire fresco. En el ámbito de los sectores progresistas y de izquierda, su discurso y gestos proféticos, han recuperado buena parte del crédito perdido bajo los mandatos de Juan Pablo II y de Benedicto XVI.

Este Papa, fallecido hace 10 meses, poniendo el énfasis en la verdad, concibe a la Iglesia como “salero”, es decir, cómo “faro y guía” de esta sociedad, aunque, a veces, tenga que convertirse en “fortaleza asediada”. Por el contrario, Francisco, priorizando la misericordia, concibe a la Iglesia como “sal y levadura”, una Iglesia “en salida”, “hospital de campaña”, y “madre más que maestra”.

En otras palabras, el frente conservador de la Iglesia (catocapitalistas o teoconservadores) quiere, primero la “confesión de los pecados” y luego “curar las heridas”.

Para Francisco, por el contrario, ante todo, y sobre todo, Dios es misericordia, y el ser humano sólo puede reconocer su pecado si es abrazado con misericordia.

El mandato de Francisco está facilitando el diálogo de la Fe y la Cultura. Está permitiendo romper muros y tender puentes, entre posiciones que han estado muy alejadas entre sí.

Con este Papa, la Iglesia, a pesar de todas sus contradicciones, está ganando un respeto que había perdido. Ello cobra más importancia si cabe, en el contexto geopolítico en el que vivimos, de gran incertidumbre y zozobra, con grandes amenazas que se ciernen sobre la humanidad: guerras, cambio climático, amenaza nuclear, recesión económica, aumento de las desigualdades, violencia de género....

Bergoglio se ha erigido en un referente para creyentes y no creyentes, máxime en un momento en el que hay un gran déficit de liderazgos políticos que contribuyan a abrir horizontes de esperanza; a dar aliento ético y alimentar la esperanza en un mundo mejor; a ofrecer respuestas y alternativas; y a anteponer el bien común a otros intereses espurios. De todos modos, no práctico ninguna clase de “papolatría”. Si bien considero que el Papa Francisco ha abierto una nueva etapa, con discursos renovados, que está ayudando a levantar los ánimos y las ilusiones, también sostengo que, pasados diez años de pontificado, no ha sido capaz de implementar las reformas estructurales que necesita la Iglesia. Falta pasar de las palabras a los hechos. Y no me sirve eso, de que tiene muchas presiones de los sectores preconciarios y de la poderosa curia vaticana. Ya sabemos que esto es cierto. Pero se necesita más coraje evangélico y fuerza profética para dar un “golpe de timón” y evitar la deriva en la que se encuentra la Iglesia, al menos en Occidente. En este sentido, valoro enormemente el Sínodo que ha puesto en marcha en la Iglesia Universal, y que está teniendo lugar a lo largo de este mes de Octubre. Siendo positivo el proceso de escucha al Pueblo de Dios, sin embargo, se queda corto. Resulta insuficiente. Me uno a las palabras de Julia Knop, doctora en antropología teológica y profesora en teología dogmática, refiriéndose al proceso Sinodal: “sólo la élite del liderazgo eclesiástico juzga, si lo que los fieles entienden importante está inspirado por el Espíritu Santo o no. Los presidentes de las Conferencias Episcopales Europeas, ellos solos, cerrarán el documento final y decidirán cuales son los resultados de esta etapa. Pero nada sobre los impulsos reformistas. No se trataba de eso, sino solo de realizar una “experiencia sinodal”. Los procesos sinodales, tal y como los entienden los romanos, no sirven para formar y formular una voluntad común, sino para el juicio episcopal. Para entonces, los laicos se habrán ido hace mucho tiempo. Es muy posible que el Espíritu Santo se haya ido a casa con ellos. Porque habla el idioma del pueblo. No se le puede domar, ni en los minutos de silencio ni en la autorreflexión episcopal. Sopla donde quiere”. Thomas Söding, vicepresidente del Comité Central de Católicos alemanes, se pregunta si es “un derecho divino” que en la Iglesia solo gobiernen los obispos y los ministros ordenados. Por el contrario, valoro de forma extraordinariamente positiva, la iniciativa del Camino Sinodal Alemán que está profundizando de manera muy seria, decidida y valiente, en un verdadero proceso de sinodalidad y corresponsabilidad. Están abordando los verdaderos “nudos gordianos” de la necesaria reforma estructural de la Iglesia: el modelo absolutista y cupular en la gestión del poder, la obsoleta moral sexual, replantear el ministerio ordenado y la marginación de la mujer. El Camino Sinodal Alemán, junto al Sínodo de la Amazonía, son las dos iniciativas más esperanzadoras que ha vivido la Iglesia Católica en los últimos cuatro años. Están abriendo camino, y anticipando el nuevo tiempo que, más pronto que tarde, debe abrirse paso en la Iglesia, si verdaderamente quiere ser la comunidad que anuncia, y no oculta, la Buena Noticia del Evangelio. Frente a los que me preguntan que “pinto” en esta Iglesia, yo les digo que en esta Iglesia, con todas sus imperfecciones he descubierto el mayor “tesoro”, Jesús el Cristo, que da pleno sentido a mi vida. La alternativa, por tanto, no pasa por “montar” una Iglesia paralela, sino por transformarla desde dentro y desde abajo. Como dice Congar: “No hay que hacer otra Iglesia, sino una Iglesia otra, distinta”.

3)De la beligerancia a la indiferencia

He militado en organizaciones políticas y sindicales compuestas mayoritariamente por personas alejadas de la iglesia, cuando no abiertamente hostiles.

Desde siempre he mostrado sin tapujos, ni ambigüedades mi identidad cristiana y mi pertenencia a la HOAC (Hermandad Obrera de Acción Católica).

El capitalismo está generando una (in)cultura materialista y consumista que se nos introduce hasta los “tuétanos”. Por eso, todo lo que signifique “elevarse” sobre esta visión, hacia realidades no tangibles, abrazando por la fe otras dimensiones de la existencia, es vista como contraria a la madurez de la razón y del progreso humano. Se ha interiorizado la falsa creencia de que negar a Dios es reafirmar al ser humano y apostar por el desarrollo de las civilizaciones.

En este contexto es muy frecuente encontrarte con creyentes que viven una fe vergonzante y acomplejada bajo el temor a ser acusados de ignorantes y “meapilas”

De ahí, que en el diálogo con mis compañeros ateos o agnósticos, he querido poner siempre de manifiesto que tanta Fe tenemos los creyentes como los no creyentes. Los unos creemos que existe Dios. Los otros creen que no existe. Nadie puede demostrar su postura desde una perspectiva empírica o científica.

En los últimos años he ido percibiendo una evolución en los sectores, que se situaban en el ateísmo militante, que mostraban una enorme beligerancia ante todo lo que sonara a “cosa espiritual”. Estaban instalados en la visión de la religión como “opio del pueblo “. La religión según esta concepción sería una creación de las clases dominantes para que las clases dominadas acepten resignadamente (el mundo como “valle de lágrimas “) las penurias, explotación y dominación a las que se ven sometidas. Bajo la promesa que serán compensadas y premiadas generosa y abundantemente en la vida eterna (cielo).

Esta afirmación ha quedado superada por la praxis de tantos cristianos/as a lo largo y ancho del mundo. La entrega de tantos, hasta dar la vida en muchos casos, se explica desde la adhesión a un Dios que es Amor, y que tiene un proyecto de fraternidad y de salvación para la humanidad, con una identificación especial con los empobrecidos y crucificados. Los movimientos y organizaciones de solidaridad y de defensa de los Derechos Humanos: contra la exclusión, la pobreza o las guerras; en favor de la igualdad, el medio ambiente, las minorías étnicas, los inmigrantes...no se entienden, sin la presencia y trabajo entusiasta de tantos/as seguidores de Jesús. Se dice que en los conflictos armados, cuando hay que evacuar al personal extranjero, por el riesgo que corren sus vidas, son los misioneros/as los que se niegan a salir, decidiendo correr la misma suerte que las poblaciones autóctonas. ¡ Para que algunos les vengan a decir que la religión es el “opio” del pueblo! Serán otro tipo de “adulteraciones” del evangelio, convenientemente financiadas desde los poderes económicos que dominan el mundo, que buscan neutralizar el verdadero mensaje de liberación que implica el seguimiento de Jesús de Nazaret.

Se podría decir que se ha producido un tránsito de la beligerancia a la indiferencia.

Tal vez porque estos sectores laicistas hayan percibido que ha decaído la “amenaza” de la Religión, en la medida que se está diluyendo como un “azucarillo”, fruto de la secularización dominante en occidente , y de la negativa a transformar un modelo de Iglesia obsoleto que ahuyenta a los sectores más dinámicos de nuestra sociedad.

4)Diálogo sin complejos pero con empatía

A lo largo de la historia son muchas las voces que han proclamado la confrontación directa entre ciencia y religión. La primera (ciencia) , supuestamente avalada por hechos irrefutables, negaría la validez de la segunda (religión), sustentada, presuponen, en falsas creencias y testimonios sin ningún rigor. Es decir, las personas más cultas y con mayor conocimiento habrían de ser, por lógica, ateas, y las personas más ignorantes e incultas no tendrían más opción que buscar refugio en deidades y grandes mentiras para dotar de sentido a sus vidas. Este razonamiento no deja de ser perverso.

Implica un elitismo cultural, que establece una barrera entre personas supuestamente formadas y personas presuntamente ignorantes. De hecho, se construye un mensaje que asocia religión con desconocimiento y atraso, y ateísmo, en cambio, con modernidad y ciencia.

Son muchas las personas que han sido reconocidas por su gran labor en el mundo de la ciencia y, al mismo tiempo, han sido creyentes, de una u otra confesión: Pasteur, Fleming, Marconi, Ramón y Cajal ... La lista sería muy extensa.

La religión ha estado y está presente en el mundo desde sus orígenes; el ser humano siempre ha buscado respuestas al misterio de la vida. En todas las culturas y en todo el mundo, sin excepción, la religión ha ocupado un lugar preferente.

Es cierto, que los avances científicos resuelven enigmas que en otros tiempos se atribuyeron a seres sobrenaturales y a dioses.

No se debe oponer la ciencia a la religión. Abordan dimensiones diferentes de la realidad. Hubo un tiempo en que la religión, en base a una interpretación fundamentalista de la Biblia, pretendió ofrecer respuestas a cuestiones que no eran de su competencia. En la actualidad se produce un movimiento pendular. La ciencia, desde una visión prepotente, pretende abordar cuestiones que salen de su ámbito, el de la experimentación empírica. Según F.Savater sólo existe la civilización científico-técnica. En la misma línea, Gonzalo Puente Ojea señala que: “al no ser cognoscible Dios de manera empírica (pesable ,visible, palpable, medible o tangible), había que concluir que no existía, ni era racional ni verdadero”.

La ciencia investiga “cómo son las cosas” (saber científico) pero no es capaz de responder al “porqué último de las cosas” (saber filosófico y teológico). Ni la ciencia debe invadir el campo de la ciencia ni a la inversa. Son saberes complementarios. Con métodos cognoscitivos diferentes: la falsación para el saber científico, y la argumentación racional para el saber filosófico y teológico. Señala Collins: “la ciencia y la fe se fortalecen entre sí como dos pilares imbatibles que sostienen el edificio llamado Verdad”.

Nos preguntamos por el modo de situarnos lxs cristianxs en una sociedad como la nuestra, fuertemente secularizada, cuando no beligerante, ante el hecho religioso.

Lo hacemos en un momento de repliegue intelectual, de los cristianos y católicos, debido a la ofensiva laicista o a las posiciones retrógradas, conservadoras o contrarias al Evangelio de muchos miembros y autoridades en la Iglesia.

Sería condenar al cristianismo a la irrelevancia si optáramos por encerrarnos en la “sacristía” al calor de la “estufa” del espacio eclesial frente al “frío” que hace fuera. Lo mismo sucedería si cayéramos en la tentación del camino fácil, pero estéril, de pedir una adhesión ciega e irracional del Evangelio en base a la fe o al dogma.

Por el contrario, si queremos que el mensaje cristiano sea significativo, en el mundo de hoy, debemos aceptar el desafío de jugar el “partido” en el terreno de juego de la razón, promoviendo un diálogo valiente y sin complejos, eso sí, desde el respeto y la “empatía”, con el mundo, la ciencia, el ateísmo y el agnosticismo con la única apoyatura, de un

argumentario racionalmente consistente, capaz de establecer un diálogo con el pensamiento moderno e ilustrado.

Diálogo sustentado sobre la base de una convicción profunda: la espiritualidad jesu-cristiana y uni-trinitaria, representa una propuesta “potente”, desde el punto de vista espiritual y teológico, a trasladar hoy, a un mundo necesitado de ofertas de sentido. Propuesta, eso sí, muy rutinizada y manoseada, así como poco valorada, reconocida y experimentada. Por ello, frente al ateísmo y las nuevas espiritualidades, debemos defender, sin complejos, nuestra verdad, defendiendo la mayor consistencia y firmeza racional de la explicación deísta y teísta. Utilizando para ello una sólida y contrastada argumentación racional y el enorme instrumental probatorio que ofrecen las evidencias científicas.

A) Frente al Ateísmo

Más que demostrar científicamente la existencia de Dios, pretensión estéril, la explicación creyente, será aceptada, frente a la posición atea, por la suficiente fuerza y peso, de los argumentos y de las evidencias científicas.

El modelo teísta Jesu-cristiano, ha vivido lleno de complejos, frente a un ateísmo, que presumía de tener la ciencia y la razón de su lado.

Lo cierto es que la explicación azarosa o causalista del mundo, adolece de una suerte de “ociosidad o indolencia intelectual”, irracionalidad o sacralización de la ignorancia.

No me satisface en absoluto la posición de un ateísmo o agnosticismo, que sostiene, que va siendo hora de dar muerte a la idea de Dios, y de asumir de una vez por todas, que no hay más realidad que la realidad finita. Una finitud que hay que aceptarla con paz, sosiego y de forma apromblemática. Lo siento, pero a mí esta explicación no me deja, en modo alguno, satisfecho.

Me dicen, quienes sostienen esta postura, que no existe, lo que no puede ser verificado empíricamente. Y por tanto, debemos arrojarlo al “cubo” del “no saber”, de la mitología, de lo irracional, de lo subjetivo.

Me parece un error de bulto reducir lo real a lo empíricamente comprobable. Como si solo lo material, fuese lo único verdadero por el mero hecho de ser objetivo, determinado y concreto.

La realidad no se puede reducir, ni confundir, con la materia. El amor, la libertad, la belleza, Dios, son realidades que trascienden lo material. De hecho, son la clave que explica y decanta las principales decisiones que toma una persona a lo largo de su vida.

Conocemos de su existencia, a través de sus transparencias, huellas, murmullos y señales, en nuestro “día a día”, en el Cosmos, en la historia, en la biología...

En dicho diálogo sobre la existencia de Dios suelo referirme a la contemplación de ese universo grandioso, inabarcable y bello como ninguna otra cosa.

Les pregunto si esa realidad sobrecogedora, por lo majestuosa y solemne, que es la naturaleza o el firmamento, no les lleva a preguntarse por el Ser Superior, se le llame como se le llame, que lo ha creado, pensado o planificado.

Me reconocen que en esa contemplación, al igual que el filósofo francés André Comte-Sponville, han experimentado una paz, serenidad, alegría y una felicidad inmensa. Que les gustaría que esos momentos y esa experiencia gozosa se pudiera perpetuar durante toda su existencia.

Pero, sin embargo, no tienen la necesidad de trascender, en la búsqueda de un ser superior, hacedor de todo cuanto existe. A eso le llaman “infantilismo” y “escapismo”. Me dicen: “disfrútalo, saboréalo...y punto”. Se sienten cómodos en la inmanencia. Esa

experiencia, dicen, no les proyecta al misterio, ni es transparencia de algo o de Alguien (Dios) .

Cuando muestro la discrepancia, me señalan, de modo relativista, que todas las opiniones son legítimas, a lo que les contesto, que serán legítimas, pero no igualmente consistentes desde el punto de vista racional.

Les digo que respeto su experiencia, pero no me convence su explicación.

Fundamentalmente, porque instalarse exclusivamente en la experiencia, supone mutilar la razón.

La explicación atea o materialista renuncia a aplicar el principio de causalidad. El preguntarse “por qué” , supone un principio fundamental, en todo saber moderno que quiera aportar una explicación racionalmente fundada, y que quiera ser tenido en consideración por la comunidad científica.

Una cosa es describir la realidad y otra es explicarla. Es decir, preguntarse por el porqué, del conjunto de evidencias antropológicas, históricas, astrofísicas y protobiológicas.

Nunca me ha convencido la explicación de que las cosas son así “porque sí”.

Les suelo comentar a mis compañeros ateos y agnósticos, que en la contemplación de las maravillas del universo y de la naturaleza, se quedan en los efectos (placer, sosiego...), pero renuncian a analizar las causas, es decir, a buscar realidades fundantes que expliquen y “sostengan” una explicación consistente desde el punto de vista racional.

Pannenberg señalará que la verdadera alienación la padece el ateísmo, por autolimitarse y autoincapacitarse a la hora de comprender en profundidad el verdadero sentido y fundamento del ser humano, del cosmos y de la historia.

Algunos ateos, no todos, son militantes laicistas que quieren borrar el hecho religioso de la vida pública. A algunos de ellos he tenido la ocasión de interpelarles sobre su actitud excluyente y antidemocrática. Están reproduciendo los mismos esquemas del confesionalismo que padecemos bajo el régimen franquista. Su lema era: “ ateos y rojos, enemigos de la patria”. Una posición que quería imponer una determinada confesión religiosa al conjunto de la sociedad.

Por el contrario, la proclama “ la religión a la sacristía” reproduce el mismo esquema fundamentalista y autoritario que subyacía en el confesionalismo católico.

Una sociedad sin espiritualidad es como una casa sin cimientos.

B)Frente a las nuevas espiritualidades

Por otra parte, las nuevas teologías y espiritualidades, parecía que venían a desbordar y superar a la, según ellos, vieja religión anquilosada, decadente y envejecida. Por el contrario, sostengo, que en línea con una civilización consumista, estas espiritualidades solo aceptan un Dios “a la carta” (posmoderno, líquido y “sin carne “). Es decir, “construyen” una divinidad apersonal, a su medida, para “consumo interno”, que sea fuente de paz, gran consuelo y alegría (muy emotivas y tranquilizadoras). A mi juicio, son espiritualidades frías y descarnadas frente al sufrimiento y al devenir del resto de los seres humanos.

Sin embargo, desde una identidad Jesu-Cristiana, me parece necesario hacer autocrítica y asumir las interpelaciones y aportaciones de las nuevas espiritualidades. Pero sin concesiones gratuitas ni “pasteleos”.

En amplios sectores sociales hay necesidad y “hambre” de trascendencia, de nuevas relaciones religiosas que den sentido radical y global a sus vidas. Muchas de estas personas buscan estos nuevos caminos fuera de las iglesias y fuera de la fe. Ahí está el interés por el Zen, el Mindfulness, el Yoga o el Budismo.

Sin duda alguna, son manifestaciones que interpelan a la espiritualidad jesu-cristiana. Mi generación, yo soy de la generación del 60, en línea con la teología política y la teología de la liberación, ha subrayado y potenciado la importancia de la dimensión política de la fe cristiana, la transformación de la sociedad y el compromiso en favor de los pobres y crucificados. Pero hemos descuidado y menospreciado la vida interior, el bienestar espiritual y la relación con Dios.

El reto que hoy tiene el teísmo cristiano es recuperar lo propio de su espiritualidad: el abrazo con Dios en los parias de este mundo. La experiencia cristiana es interior pero a partir de la primacía de los pobre. Una ex-centralidad que no se encuentra en las nuevas espiritualidades.

Con humildad, pero con claridad tengo que decir, que tanto el ateísmo como las nuevas espiritualidades siempre me han parecido propuestas muy “flojas”.

El ateísmo porque no responde a las aspiraciones de plenitud humana y no utiliza la razón humana para explicar, el porqué, el fundamento último de todo cuanto existe.

Y las nuevas espiritualidades porque nos “sacan” de la realidad y de la suerte que puedan correr el resto de los seres humanos. No me interesa una espiritualidad intimista y puramente introspectiva (“yo me lo guiso, yo me lo como”), que busca “fundirse” con el Absoluto. Lo que Metz o Hans Küng critican como una “mística de los ojos cerrados”, cerrados al dolor y sufrimiento de los demás.

Por el contrario, la espiritualidad Jesu-cristiana, conecta con nuestra antropología (nuestra naturaleza es comunitaria) . Nos “mete” en el mundo. Me parece mucho más humana, atractiva y sugerente. Implica buscar a Dios en las periferias del mundo y en sus preferidos (los empobrecidos y los crucificados de hoy). Representa un encuentro con Dios que nos “desinstala”, nos “complica” la vida (a veces hasta entregarla por amor y compromiso por la justicia), y nos saca de nuestra comodidad burguesa.

Frente a la espiritualidad de los “ojos cerrados”, los seguidores de Jesucristo tenemos que ser místicos de “ojos abiertos” a los problemas de la sociedad.

No hay verdadera unión con Dios si no hay compasión (padecer con el otro). Esta es la prueba del “algodón”, el control de veracidad y de autenticidad, para saber si estamos ante un encuentro con Dios o conmigo mismo.

Javier Madrazo Lavín

Barcelona, a 24 de Octubre de 2023